

EL SEMANARIO CATOLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTIFICA Y LITERARIA,

consagrada á la

VIRGEN MARIA MADRE DE DIOS Y MADRE DE LOS HOMBRES.

Núm. 821

Alicante 4 de Setiembre de 1886.

Año XVII.

COMENTARIO Á LA ENCICLICA

«IMMORTALE DEI.»

LIBERTADES MODERNAS.—IDEAS
Y ACCIÓN CATÓLICA.

(Continuacion.)

Hagamos empero una simple consideracion relativamente á la Italia. Allí está el centro de la religion, porque Roma es la eterna sede del Vicario de Jesucristo, siendo certísimo que, así como la Iglesia nunca será destruida hasta el fin de los siglos, hasta tal término la Iglesia será siempre Romana, porque siempre será el Papa Obispo de Roma. No hay duda, por otra parte, que el bien de la Iglesia depende del bien del Papa, cabeza visible de la misma, y no jefe constitucional, sino perfectamente monárquico, del que todo saca vida, movimiento y accion en la propia Iglesia, como de la raíz saca

la planta el jugo, las flores y los frutos. Si la comunicacion entre la planta y la raíz cesase, aquélla moriría; disminuyendo, disminuiría igualmente la lozanía y la fecundidad de la planta.

Nadie duda que el bien físico y material de todo el mundo depende de su bien moral: con mucha mayor razon el bien físico y moral de una nacion y de un estado hállase sometido al bien moral y universal de todo el mundo. Este bien universal es aportado por la Iglesia y en su raíz por el Papa. Por lo tanto, la independendencia, la libertad segura y evidente del Papa, su libre comunicacion con todo el mundo, en cualquiera hipótesis de guerra entre los estados y las naciones, es de un interés universal, á que se debe someter el interés material de una nacion cualquiera, y por lo tanto, de la misma Italia. Tal es precisamente nuestro caso; porque desde

que Roma fué conquistada por el ejército subalpino *hasta este punto*, juzgó la suprema autoridad, que presupuestas las actuales circunstancias de personas y de cosas, el concurso de los católicos á la acción política podía perjudicar á la causa del Pontífice, de la Iglesia y al bien universal y moral de todo el mundo. En su virtud hubo para la Italia una excepción á la regla universal indicada por León: estas son, á nuestro modo de ver, las CAUSAS ALTÍSIMAS indicadas por el mismo Papa, cuando, hace tiempo dijo que por ahora los italianos sólo pueden concurrir á las elecciones administrativas.

¿Subsisten por ahora las mismas circunstancias de personas y de cosas? El Pontífice no retiró su palabra; por el contrario, en esta propia Encíclica aludió en la indicada excepción al *non expedit*. Es verdad que no expresó Él la Italia; mas todo hace creer que la excepción sólo á ésta se refiere. Más aún; diremos francamente que seguros estamos de que *hasta hoy*, tal es la mente del Papa.

Si las circunstancias cambiasen y aquellas *altísimas causas*, que conoce, cesáran, entonces no tendría lugar el *non expedit*. Mas el Papa nos lo haría saber de una manera ú otra, tranquilizando así la conciencia de cada uno. Arde Leon XIII en deseo sumo de hacer bien á la Italia, su patria; mas no puede sacrificar el

bien de una parte al de todo, ni á un bien inferior otro infinitamente superior. Que venga el gobierno italiano *ad bonam frugem*: los que tienen las riendas de la cosa pública hollando todo respeto humano; y venciendo á todo temor, pregunten al Papa: *quid vis nos facere*. El Papa sabrá entonces egrégiamente conciliar el bien de la patria con el universal de la Iglesia y del mundo. Mas es la fortaleza de ánimo la que falta en los eternos declamadores del amor patrio y de la gloria patria, por lo cual la pobre Italia está dividida por las facciones, empobrecida, manchada toda y envilecida por la pública inmoralidad. ¡Va en hora mala! Sólo del Vaticano «puede venir la orden» taumaturga del *Lazarro veni foras*; sólo despues de ella puede Italia revestirse de gloria y de belleza, así como ponerse á la cabeza de las naciones, siendo para todas maestra de verdad, de honradez y de verdadera civilización.

El sapientísimo Papa Leon XIII, al fin de la Encíclica—*Immortale Dei*—determina el modo práctico que debe seguirse para obtener con el triunfo de la causa católica la salvación de la humana sociedad. «No es posible indicar fácilmente, dice, una manera cierta y uniforme de lograr este fin, puesto que debe ajustarse á todos los lugares y tiempos, tan desemejantes unos de otros. Sin embargo hay que conservar ante todo la

concordia de las voluntades y buscar la unidad en los propósitos y acciones, lo cual se observará sin dificultad si cada uno toma para sí, como norma de su vida, las prescripciones de la Sede Apostólica y si obedece á los Obispos, á quienes el *Espíritu Santo puso para gobernar su Iglesia.*

Entre las similitudes que más se ajustan á la Iglesia católica, indicadas en la Escritura sagrada y en los Padres, domina ciertamente la del cuerpo humano. En este no puede conservarse la vida sin la continuación de las partes, así como sin la mútua dependencia de las unas á las otras y de todas á la cabeza. Los herejes que dividen á la Iglesia quitando la union que tiene, no ménos que la dependencia de los fieles á los Obispos y de los Obispos al Papa, destruyen en las partes divididas la vida de la Iglesia que aniquilan, como los defensores de ciertas filosofías absurdas destruyen la vida en el cuerpo humano, enseñando que se reduce á una reunion de moléculas ó cédulas divididas, separadas y algo distantes las unas de las otras. Egregiamente decia el agudísimo San Agustín. «El espíritu hace los miembros vivos; mas el espíritu no los hace vivos, si no los halla en el cuerpo donde tal espíritu es principio de vegetacion. El espíritu que se halla en tí, hombre, por el cual estás constituido en sér humano; ¿vivifica por ventura un

miembro separado de tu carne? Cuando digo tu espíritu, digo tu alma. Tu alma sólo vivifica los miembros que se hallan en tu carne; si alguno separas, no es vivificado por tu alma, porque no está unido á la unidad de tu cuerpo.» Las partes ó los miembros menores del cuerpo deben hallarse unidos con la cabeza mediante los mayores que deben hallarse igualmente agregadas á la misma: de lo contrario no corre la vida por todo el hombre. Semejantemente Cristo que vivifica la Iglesia, la cual es su cuerpo, vivifica juntamente cabeza, miembros mayores y menores, ó sea el Papa, los Obispos y el pueblo; si por desdicha, una parte es separada de la cabeza, concluye de ser vivificada por Cristo, faltándole la unión debida.

Constituyendo Cristo sólo á Pedro como piedra inmóvil ó fundamento de su Iglesia, ha constituido divina é inmortal sólo la Iglesia de Pedro, que es la Romana, y consiguientemente todas las demás conjuntas á la unidad de la Romana Iglesia. Es cosa verdaderamente admirable, que hace tocar con la mano la verdad de lo que decimos, ver que casi todas las Iglesias particulares, para constituir las que concurrieron los otros Apóstoles, no continuaron firmes, debiendo sucumbir á las discordias intrínsecas ó á las guerras extrínsecas, al paso que la Iglesia Romana de Pe-

dro recorre los siglos, combatida siempre y siempre victoriosa, asegurada por la promesa de Cristo, el cual con su omnipotencia en la misma combate y vence.

Por consiguiente, mientras un Obispo está unido al Papa, es necesario que todos los fieles incluidos en la jurisdicción de aquel estén unidos estrechamente con él en fé y caridad, no debiendo arrogarse nunca el derecho de ser jueces de su régimen, si bien alguna vez pueden darle amorosos consejos. Sobre todo en lo referente á las doctrinas relacionadas con la fé (y se relacionan con estas frecuentemente las filosóficas, científicas y sociales) preciso es tener los ojos vueltos á Roma, porque de Roma emana especial y directamente la luz por la que todos deben ser iluminados y dirigidos.

No solamente deben todos acoger, y profesar las doctrinas enseñadas por el Sumo Pontífice docente *ex cathedra*, es decir, cuando enseña con la plenitud de su autoridad y como maestro universal de la Iglesia, sino que también débense acoger reverentemente las de las Romanas Congregaciones propuestas indirectamente, ó sea cuando condenan las contrarias. Ciertamente que tales Congregaciones no tienen la infalibilidad, prerrogativa de los Concilios ecuménicos unidos al Papa, y privilegio también personal del mismo Papa; con todo, gozan de grandísima au-

toridad, que no puede ser tenida en poco sin audacia y temeridad.

Tal dependencia, debida, si se considera el oficio de todo buen católico, es sumamente racional, porque nos libra del peligro de incurrir en los innúmeros errores de especulativos y prácticos, en los cuales envuélvense de continuo los que se dan aires de profesar una desmesurada libertad de pensar y de obrar y debe ser franca, sencilla y cordial. La falta de tales caracteres es una de las principales fuentes de litigios en el campo católico, que impiden la unidad de la acción y consiguientemente la fuerza.

Sobre todo encarecimiento son relevantes las normas que dá el Pontífice, referentes al modo de defender lo verdadero y combatir lo falso: «La defensa de la religión católica exige necesariamente la unidad de sentimiento en todos, y una inquebrantable constancia en la profesión de las doctrinas que la Iglesia católica enseña, y en este punto es preciso estar muy en guardia y no permitirse connivencia alguna con el error, ó que la resistencia que se le oponga sea más débil de lo que la verdad requiere.»

Es ya tiempo de que todos los escritores de obras, diarios y periódicos se informen en tal norma que brilla, en su justicia y verdad, con plena evidencia. Principiamos por distinguir las partes. 1.º El objeto

son las doctrinas enseñadas por la Iglesia. Por consecuencia, no sólo las que se deben profesar sopena de incurrir en *anatema*, que se llaman estrictamente dogmáticas, sino también las que se hallan en las Encíclicas Papales, en el *Syllabus*, en los decretos de las Congregaciones indirecta ó directamente indicadas, ora se reflejen sobre la filosofía, ora sobre la moral y la política; porque la filosofía está estrictamente ligada con la teología y la moral, en la que se contiene asimismo la política, debiendo custodiarla y vigilarla la Iglesia, que por el sendero de lo justo y de lo santo debe conducir el género humano á su fin último. 2.º La concordia de todos los predichos escritores en las predichas doctrinas está indicada en las palabras: *todos de un sentimiento*. 3.º La firmeza en las otras palabras, *de una inquebrantable constancia*. 4.º La prudencia en las que siguen: *es preciso estar muy en guardia*, etcétera.

Pasa el Padre Santo á las doctrinas opinables de las que dice: «Por lo que hace á las doctrinas opinables, se puede discutir con moderación y con el deseo de alcanzar la verdad, pero alejando siempre toda sospecha injuriosa y toda acusación recíproca.»

(Se continuará)

BREVE DE SU SANTIDAD

EL PAPA LEON XIII

RESTABLECIENDO Á LA

COMPañÍA DE JESUS

en la situación canónica en que se encontraba

antes de

CLEMENTE XIV

SIN PERJUICIO DE LAS GRACIAS CONCEDIDAS

POR PIO VII Y SUS SUCESORES

LEON XIII PAPA

PARA PERPETUA MEMORIA

Entre los motivos de dolor que afligen nuestra alma en el seno de las perturbaciones tan profundas de la época presente, se hallan las injusticias y los males de que se colma á las familias religiosas de las órdenes regulares. Fundadas por grandes santos, fueron siempre útiles á la Iglesia católica, cuyo ornamento constituyen ya la misma sociedad civil que de ellas obtiene positivas ventajas. En todo tiempo dichas órdenes han merecido bien de la Religión y de las letras; han contribuido también grandemente á la salvación de las almas. De aquí el que Nós Nos complazcamos, cuando de ello se presenta ocasión, en otorgar á las familias religiosas, las

alabanzas que tanto merecen; como nuestros predecesores, Nós deseamos darles público testimonio de Nuestra afectuosa benevolencia.

Por estas razones; habiendo Nós sabido que desde hace muchos años se prepara una nueva edición de la obra titulada *La Institución de la Compañía de Jesús*; que Nuestro carísimo hijo Antonio María Anderdy, vicario general de esta Compañía, se ocupa asiduamente en hacer terminar este trabajo; que de él no resta más que reimprimir la última parte que contiene las Letras Apostólicas dirigidas á la Sociedad de Jesús, á San Ignacio de Loyola, su Fundador, y á los otros superiores generales, Nós aprovechamos con solicitud esta ocasión para mostrar Nuestro afecto á la Compañía de Jesús que ha merecido bien de la Iglesia y de la sociedad. Por tanto, Nós aprobamos la edición comenzada de la obra susodicha, trabajo glorioso y útil, á la vez, para la Compañía; Nós alabamos este trabajo y Nós deseamos su continuación y acabamiento. Y para manifestar aún más Nuestro amor hacia la Compañía de Jesús, en virtud de Nuestra autoridad Apostólica, Nós confirmamos por las presentes y Nós concedemos de nuevo las Letras Apostólicas, todas y cada una de ellas, que tengan por objeto el establecimiento y la confirmación de esta Compañía, Letras otorgadas por los

Romanos Pontífices Nuestros predecesores, desde Paulo III, de feliz memoria, hasta nuestros días, bien se hallen concebidas en forma de Bulas ó de simples Breves. Nós confirmamos y concedemos de nuevo todo lo que en ellas se contiene y de ellas se deriva, así como los privilegios, inmunidades, exenciones, indultos, todos y cada uno, concedidos á la misma Compañía, sea directamente, sea por comunicación con las otras órdenes regulares, siempre que no causen algún perjuicio á esta Compañía, y no hayan sido abrogados y revocados por el Concilio de Trento ó por otras Constituciones de la Sede Apostólica.

Por todo lo cual Nós decretamos que las presentes Letras tienen y tendrán en el porvenir fuerza, valor y eficacia; queriendo que obtengan y produzcan sus plenos y enteros efectos, y produzcan asimismo todas sus ventajas á quienes el asunto concierne y pueda concurrir. No obstante el Breve *Domínus Redemptor* del Papa Clemente XIV, fechado en XXI de Julio de MDCCLXXIII y otras cualesquiera piezas que les fueren contrarias y sean dignas de una mención y derogación especial é individual, que Nós derogamos expresamente por virtud de las presentes.

Que estas Nuestras Letras sirvan de testimonio del amor que Nós profesamos y que siempre Nós hemos

profesado á la ilústre Compañía de Jesús, tan adicta á Nuestros Predecesores y á Nós mismo; fecunda nodriza de hombres eminentes por la gloria de la santidad y de la ciencia; manantial y sostén de la sana y sólida doctrina, y que á pesar de las violentas persecuciones sufridas por la justicia, no cesa jamás de trabajar en la viña del Señor con un ardor alegre y un valor invencible. Adornada con tales méritos; recomendada por el mismo Concilio de Trento; colmada de elogios por Nuestros Predecesores, continúe la compañía de Jesús, en medio de los odios injustos, desencadenados contra la Iglesia de Jesucristo; que ella perservere en proseguir el fin de su Institución para la mayor gloria de Dios y la salud eterna de las almas.

Que ella continúe su misión de conducir y de llamar, por santas expediciones, á los infieles y á los herejes á la luz de la verdad; que continúe educando á la juventud en las virtudes cristianas y en las bellas letras; que continúe enseñando la Filosofía y la Teología, segun el espíritu del Doctor Angélico. Entre tanto, Nós abrazamos con vivo afecto á la Compañía de Jesús, que Nos es tan cara, y Nós damos al Superior General, á su Vicario y á todos los hijos de esta Compañía, Nuestra Bendición Apostólica.

Dado en Roma cerca de San Pedro bajo el anillo del Pescador, el

XIII de Julio de MDCCCLXXXVI, de nuestro Pontificado el año noveno.

—*M. Ledockovrki.*

REFLEXIONES FILOSÓFICAS

SOBRE LA MUERTE.

(Continuacion.)

La muerte. Ya te conozco, oh muerte! conozco tus cautelas, conozco tus intrigas, tus disfraces, tu perfidia y tu astucia. Vagas en torno de mí siempre. No me pierdes de vista un momento. En tu registro está mi nombre y filiación. Desde el primer instante de mi vida diste la sentencia contra ella. Fijaste el año, el día y la hora de inmolarme, y sacrificarme en tus aras. Inexorable en los decretos, jamás los revocas. ¿Y quieres sin embargo engañarme, como un niño, y persuadirme que no te acuerdas de mí? ¿Quieres alcinar mis ojos con tu máscara, y ocultarme tus facciones horrendas? Traidora, te he visto muchas veces para no conocerte y distinguírte. Todos tus disfraces son inútiles. No hubieras sido tú tan avara de otras vidas, y entonces conseguirías la sorpresa de la mía. Has andado por cierto muy necia, y me has alarmado demasiado contra tus acechanzas para dejarme engañar. Tu pié pesado marca una huella inde-

leble, y deja siempre el rastro del camino que sigues. Tu segur avisa y descubre los lugares donde corta, y jamás puede dar un golpe sin que resuene muy lejos. Tu busto variado con cuantos adornos y disfraces has usado en más de sesenta siglos, está colocado en los sitios todos de tu vasto imperio. El Nemini parco de tu divisa formidable se halla escrito con mil caracteres luminosos, y en todas las lenguas é idiomas del antiguo y nuevo mundo. El Semel-mori, esa ley irrevocable y severa está tan solemnemente promulgada, y ejecutada tantas veces, que nadie puede ignorarla ni eludirla. No hay lugar ni asilo contra tí. De los palacios soberbios, igualmente que de las chozas y cabañas sacas con mano osada los infelices reos, y los conduces al suplicio. La inocente sangre del niño, mezclada con la del anciano corre por tus aras día y noche. Víctimas tristes de toda edad, condicion, nacion y territorio alimentan el fuego de tu inestinguible pira. ¿Cómo, pues, repito, quieres, oh muerte, sorprenderme? Yo sé que he de pagarte el tributo. El plazo es arbitrario. Tú vendrás á cobrarle sin falta alguna cuando quieras. ¿Qué me importa el cuándo, el cómo, ni el dónde? Instante mas ó menos es todo, y de la cuna á tí nunca hay mas que un instante de duración,

La muerte. ¿Por qué, oh muerte,

he de temerte yo? ¿Por qué me ha de aterrarr tanto tu nombre? Sin duda soy muy feliz en el mundo, pues así me consternas y entristeces con tu memoria. ¿Lo soy en efecto? Voy á examinarlo y reflexionarlo. La solución de este problema merece bien mis meditaciones ¿Quién soy yo? Yo soy... polvo que se disipa, tierra que se devanece, nada cubierta con la apariencia de algo, pequeño inficionado vapor, que elevándose se forma en nube, para ocultar su hediondez; pero que á fuerza de elevarse, se resuelve en relámpagos y rayos, para caer de nuevo en la primer sentina, de donde tomó su origen. Soplo de viento, que ruge en su violencia; mar sin duda de cólera, por no poder subsistir sino huyendo, y porque la acción de su continua fuga, es el principio de su ruina. Humo, que con esfuerzos siempre inútiles quiere escalar el cielo, cuando apenas puede notarse el intervalo entre su ser y su aniquilación. Pequeña luciérnaga, que no deslumbra sino á los tardos en la vista del entendimiento, puesto que solo alumbrá á los propios gusanos que á escondidas le devoran. Onda estrepitosa que incesantemente corre. ¿Cómo? ¿Y puedo yo ser feliz cuando un fantasma tiene sobre mí la simplicidad del elemento de que está compuesto, cuando la sombra me saca ventaja en la nobleza de su origen, pues que la luz la produce,

cuando una paja y un átomo me disputan con razón la substancia, puesto que ellos son corruptibles sin infección, y la mia causa horror aun á mis propios pensamientos? No, es pues mi naturaleza la que me hace ser feliz. ¿Cuál es mi destino? Una milicia continuada sobre la tierra. Tampoco este ejercicio puede labrar mi felicidad. ¿Dónde habito? En el mundo. ¿Y qué es el mundo! Un valle dilatado de lágrimas. Un lugar de desterrados y espatriados. Un hospital de enfermos incurables. Un cementerio lleno de sepulcros y fosas. Una habitación de locos y maniáticos. Un reino de desorden y confusión. Un asilo de la iniquidad y del crimen. Un lugar donde reina la arbitrariedad y la injusticia, donde el fuerte oprime al débil, el rico avasalla al pobre, el noble desprecia al plebeyo. Un terreno fecundo en vicios y esteril en virtudes. Un tribunal donde preside la soberbia, la envidia, la avaricia, la lujuria, la gula y la venganza. Una mansión en donde la hipocresía ostenta su cinica faz para encubrir sus vicios repugnantes con la apariencia de virtudes, y engañar á sus semejantes para hacer su negocio, donde el fraude, el dolo y la superchería se entronizan sobre la honradez y la virtud, donde la parcialidad y la pasión informa las acciones, y se huellan las leyes divinas y humanas por la conveniencia y el egoismo.

Un cadalso en que se sacrifican diamantemente, probidad, honor, mérito, inocencia y justicia. Tampoco, pues, la región en que habito me hace dichoso.

Busquemos la felicidad en otra parte. ¿La hallaré acaso en las riquezas, en el poder, en la autoridad, en la victoria ó en la fama? *Vanitas vanitatum et omnia vanitas*. Todo es vanidad, dice el sabio. Nada de esto puede satisfacer y saciar mis deseos. Todo es vano, ridículo, *insubsis tente y esteril*. Los tesoros de Creso, el oro de Ofir, las perlas del Oceano, todos los diamantes de la Etiopa, no añadirían un dedo á mi estatura; ni las conquistas y laureles de Alejandro prolongarían mi existencia. El valor cede á la picadura de un insecto despreciable, y una yerba mortífera le destruye y aniquila de un todo. De nada me sirve la fama del mundo mientras vivo, de nada me aprovecha despues de la muerte. Despues y antes solo es un fantasma. No consiste, pues, la felicidad en estos dones que el mundo tanto estima y á tan alto precio vende. Preguntemos sinó á la historia. Salomon, el rey más rico del mundo en medio de su deslumbradora pompa esclama; todo es vanidad. Creso, rey de Sidia, vencido por Ciro, sobrevive á su gloria por un exceso de desventura, y vese obligado á recibir la ley de sus mismos enemigos, aguardando á que la muerte á que

había sido condenado, le estraiga del cautiverio para poner fin á sus desdichas. ¿Quién no se mueve á lástima al contemplar á Nicias arrojado delante de Filipo, pidiéndole su vida y la de los Meniasas, después de haber imperado á los vientos sobre la mar, y á la fortuna sobre la tierra, en un reino soberanamente absoluto. ¿No os causaría pena el ver esclavo bajo la tiranía de los reyes de Egipto al grande Agesilao, cuyo valor era la única maravilla de su siglo? ¿Llamaréis feliz á Enmenes que muere entre cadenas y en dura servidumbre, después de haberle ofrecido tan frecuentemente la fortuna imperios? Anibal, terror de Roma y columna de Cartago, después de haber vivido, con tanta esplendidez, mendiga un pan ignominioso de Prusias, rey de Bitinia, siendo por último entregado á sus enemigos los romanos. Paulo, Emilio, vencedor de Perseo, rey de Macedonia, muere tan pobre que á la hora de la muerte no se halla en su casa con que hacerle las esequias, Pompeyo, tres veces triunfador en Roma, implora de Ptolomeo, rey de Egipto, el sustento de su vida, y halla la muerte. Belisario, capitán insignie, que con sus continuas victorias afianza á Justiniano el imperio, ciego y reducido á la miseria, pide limosna á los transeuntes. Dario, rey de Persia es vencido por Alejandro, y Alejandro, después de haber con-

conquistado tantos reinos, se entristece y llora al saber que todavía quedaba más mundo que él no podía conquistar. Valeriano, emperador de Roma, vencido por Sapor, rey de Persia, le sirve de estribo para montar á caballo, y á Bayaceto rey de los turcos al gran Tamerlan. Cesar, que asombró al mundo con sus victorias, muere bajo el puñal de Bruto; Aman, Valido de Asuero, acaba sus días en una horca, basta de ejemplos. No consiste, pues, la felicidad en las riquezas, en el poder, en la autoridad, en la victoria, en la fama. Estos ejemplos y otros muchos de que las historias están llenas bastan para desengañarme. ¿Dónde, pues, la hallaré?

Estudio, ciencia, tú encierras sin duda la felicidad. La buscaré en tí, pues, no la hallo en otra parte. Leeré dia y noche, meditaré, examinaré, observaré con escrupulosidad cuantos objetos se me presenten. Entonces... ¿Qué? llegaré á saber lo que los Descartes, Mallebrauches, y Neutones supieron. Llegaré á ser un discípulo de los Sócrates, Platones, Aristóteles; y cuando aprenda algo, de ellos, me creeré un sabio y un Filósofo consumado. Entonces llegaré á ser soberbio, presuntuoso; ridículo é insufrible. Llegaré á formar nuevos sistemas, nuevas sectas nuevas hipótesis, nuevos mundos. Llegaré á... Si algo adelanto, llegaré sólo á saber, que nada sé. Cien-

cia, mundana, tampoco hallo en tí mi felicidad.

Dámela tú, amor. Concupiscencia, dámela. Si tú quisieras..... Si me presentaras un objeto, lleno de tus gracias..... ¿Sería feliz con él?... La historia de los siglos pasados podrá instruirme. Abramos la profana. Infortunado Albimo, rey de los Longobardos, infeliz Hemilge, ¿encontrasteis la felicidad en el amor de vuestra esposa Bisimunda? Los dos encontrasteis la muerte en sus brazos. Desgraciado Rodrigo, la hallaste en los brazos de Florinda? ¡Infeliz! con la vida perdiste el trono, y á la infortunada España la sumergiste en un abismo de horrores haciéndola esclava del coran. Veamos la historia sagrada: la abro, y leo. Aquí está Sanson..... recostado en el seno de Dálila..... ¡Infeliz! su infiel esposa le pierde. Vedle ya sin fuerzas. Su cabello ha sido cortado, y los Filisteos triunfan, y se burlan de él. Busquemos otro ejemplo más lisonjero. Esta es la historia de David, de aquel rey santo, formado segun el corazon de Dios. Ella nos instruirá. David mira á una mujer hermosa. La desea..... ¡ay! ya es David un adúltero, ya burla á Bersabée: ya viola el lecho nupcial de Urias: ya decreta su muerte: ya..... No más lectura en la historia de David. Acaso su hijo, el más sábio de todos los hombres..... Aquí está también la historia de su vida. También el quie-

re, también ama..... ¿Qué haces Salomon? ¿A quién doblas la rodilla? ¿A quién sacrificas? ¿A quién inciensas? ¿Tú ante las aras abominables de Moloc.? ¿Tú junto al altar sacrilego de Astarde? ¿Tú, idolatrando? ¿Tú apostatando del Dios de tus padres? Tú... No, no quiero más ejemplos. Bastan estos para desengañarme, y no buscar mi felicidad, donde no existe. Bastan estos para huir del pérfido amor, y de la peligrosa y tirana concupiscencia. Si nada de esto me hace dichoso, ¿podré serlo en el mundo? ¿Podré serlo entre los llantos, entre los gemidos, entre la miseria, entre la desolación, entre la ruina, entre el hambre y la peste? ¿Podré serlo, en un país monstruoso, donde se castiga un homicidio, y se elogia y apellida héroe, á quien sacrifica millares de hombres? ¿Podré serlo en una tierra bárbara, donde infaman al ladron de cien leales, y celebran, y obedecen con entusiasmo al Usurpador, y Devastador de una provincia, de un reino, de una nación, de un mundo? ¿Podré serlo con una gente mezquina, donde reina el mío, y el tuyo, y se litiga con tal furor sobre esta voz fría, lánguida, insignificante y estéril? ¿Podré serlo rodeado de amigos falsos, que solo estiman mi poder y me abandonan en la adversidad? ¿Podré serlo entre los dardos sangrientos de la envidia, de la calumnia, de la destrucción, de la infidalidad, de la ale-

vosía, de la ingratitud? ¿Podré serlo entre la turba inmensa de tanto adulator infame, de tanta lengua venenosa, y emponzoñada, de tanto hipócrita maldiciente, de tanto esclavo del interés y sórdida avaricia de tantos insectos orgullosos, y despreciadores? ¿Podré serlo donde se desconoce la justicia, donde se ignora el mérito, donde triunfa el cobarde, donde se ultraja el valor, donde se prodigan los premios y las gracias al más nécio, y al más inútil? ¿Podré serlo donde hay tal desigualdad y diferencia de fortunas, tanta abundancia en unas partes tanta miseria en otras; tantos tesoros aquí, tanta escasez allá, tanto lujo y brillantez en unos tantos guiñapos y remiendos en otros? ¿Podré serlo donde los hombres están desnudos, y las paredes vestidas, donde se cuidan y regalan los perros y caballos, y los hombres perecen, sin hallar migaja de pan que los alimente y vivifique? ¿Podré serlo... He! no, no. Yo no puedo ser dichoso en esta región de tinieblas, de tribulación y de amargura. Ya veo, que si en ella hay algun momento de felicidad, es sin duda aquel en que va á dejarse, y en que consigue el hombre abandonarla para siempre.

No me espantarás ya con tu ceño, oh muerte enemiga. *Cupio dissolvi*. Yo deseo salir de esta tierra. Puesto que me libras de tantos males á un

tiempo, no dilates el golpe. *Mori lucrum*. El morir es una ganancia, un bien, una ventaja para el género humano. Así, pues, Señor; ya que la felicidad no consiste en poseer todos los reinos del mundo, no seguiré el camino de esos conquistadores de reinos terrenos, que al morir perdieron, yo pondré todo mi afán en conquistar el reino del cielo que es el que me hará feliz por toda una eternidad. Grandezas humanas, que sin cesar huis, vosotras no sois mas que un poco de viento. Yo no quiero ser idólatra de un poco de aire agitado, que no se mueve sino para desvanecerse en su reposo. Grandezas de la tierra, que no haceis sino pasar, ¿qué otro nombre os daré que el de sueño? ¿Y pasaré yo mi vida en seguimiento vuestro, siempre soñando? Riquezas humanas, puesto que á todo el mundo le decís adios, sin poder parar un momento, adios, pues, vosotras; vuestros atractivos no lo son para mi; vuestras dulzuras son á mi gusto amargas; vuestros placeres no me causan placer. Yo no correré tras de vosotras que siempre huis, yo buscaré las riquezas eternas, las grandezas del cielo, y allí seguro estoy que encontraré mi felicidad. Yo pondré mi felicidad aquí en la tierra en una conciencia recta y pura, y tú, oh muerte, no me la podrás arrebatarse, no te burlarás de mi como de esos ilusos que corrieron tras de un imaginario fantasma.

Estudio, ciencia, tampoco quiero esa felicidad con que vosotros me brindais: en vosotras solo puedo encontrar hinchazón, vanidad, soberbia, presunción: mi ciencia y mi estudio solo se dirigirán á adquirir la ciencia de la virtud, la ciencia de mi salvación, única que puede hacer á mi alma eternamente feliz. Amor mundano, huye, huye de mi, en tí no se encuentra mas que amargura, desengaño, ilusión: el que te sigue, no es feliz: yo pondré mi felicidad en el amor de Dios; y este amor santo y divino levantando mi corazón sobre las miserias de esta vida, y sobre las pasiones que en violento torbellino pueden arrastrarlo á un abismo de males, lo purificará de todas las manchas, y encontrará una felicidad eterna á la hora de la muerte.

JOSÉ CUADRADO, PRESBITERO.

(Se continuará).

PEQUEÑOS ROMANCES.

I.

Hay un ciego en Alicante
que toda su vida pasa
en las calles y paseos
tocando siempre la flauta.

Si al hundirse en Occidente
el sol, vais á la esplanada,
vereis al ciego infelice

sentado al pié de una palma.
Pone delante de él
un plato de hoja de lata,
con el que implora el socorro
de la caridad cristiana.

Allí sentado oye el ciego
el tropel y la algazara
de los caballos que corren
de los carruajes que pasan;
oye de gentil pareja
el rumor de las palabras
que entre piropos se dicen,
que enamorados se hablan;
tambien oye á los banqueros
que de sus negocios tratan,
y las frases escogidas
de caballeros y damas.

A veces algún curioso
quiere mirarle y se pára,
y el pobre ciego se anima
al rayo de una esperanza....
quizás su ilusión se cumple,
quizás percibe su alma
de una moneda el ruido
en el platillo al tirarla,
entonces tiende la mano,
recoge la humilde dádiva,
con regocijo la besa,
en el seno se la guarda
y después... sigue tocando,
sigue tocando la flauta.

En un reloj de la villa
anoche las doce daban,
cuando la flauta del ciego
oí que desafinaba,
claro es que con hambre nadie
ni bien toca ni bien canta;
le dí una limosna y ví

que ligero se alejaba
para mitigar su hambre,
mas contento que una pascua.
—¡Pobre ciego, ahora es verano
pero el invierno te aguarda!
Cuando á impulso de los vientos
la nieve azote la cara,
es facil que alguna noche
cruda como tu desgracia
vuelva á sonar otra vez
desafinada tu flauta.
Quizás al ver que la calle
está triste y solitaria,
al ver que muerto de frio
nadie en el mundo te ampara,
levantarás tus pupilas
á la región estrellada,
pero eres ciego y ya ves
que los ciegos no ven nada.
Tal vez creerás que cansancio
te sobra, y sueño te falta;
y sirviéndote de lecho,
de sudario y de mortaja
el tul de la fria nieve
y alguna piedra de almohada,
inclinará tu cabeza
como la nieve de blanca;
y después, al otro dia,
no tocarás ya la flauta.

CULTOS RELIGIOSOS.

Sábado.—En San Nicolás, á las siete y media, misa de la Virgen con renovacion.

En Santa Maria, á las ocho y media misa de renovacion.

En nuestra Señora del Cármen, á las seis y media, la misa de la Virgen, y por la tarde, al toque de las oraciones, rosario y salve cantada á Nuestra Señora.

En la ermita de San Roque, Santuario de Nuestra Señora de Lourdes, dará principio hoy 4 de los corrientes en honor de esta inmaculada Virgen un solemne novenario que ofrece la devocion de los fieles Alicantinos. Dará principio á las seis en punto de la tarde con el Santo Rosario, plática y novena, terminando con los gozos cantados á voces por los individuos de la capilla de música de San Nicolás.

En los dias festivos, en vez de la plática, habrá sermon, predicando el Domingo 5 el M. I. señor Abad de la Colegiata, el miércoles 8, el presbítero D. José Guixot, sacerdote de las Escuelas Pías, y el Domingo 12, último de novena, D. Miguel Guirán, coadjutor de San Francisco.

El último dia de novena ó sea el Domingo 12 de los corrientes habrá Comunion general á las siete en punto de la mañana.

Domingo.—En San Nicolás, á las ocho y media misa conventual.

En Santa María, á las ocho y media tercia y misa conventual.

Miércoles.—*Dia de la Natividad de Nuestra Señora.*—En San Nicolás, á las ocho y media, la conven-

tual con sermón á cargo del señor Magistral.

Los demás días los oficios de costumbre.

Lunes, Mártes y Miércoles.—En las Capuchinas, solemne Tríduo en honor de Nuestra Señora del Sagrado Corazon de Jesús.

A las ocho y media de la mañana se descubrirá á S. D. M. los tres días, quedando manifiesto hasta la conclusion de los ejercicios de la tarde que principiarán á las cuatro y media, rezándose primero el Santo rosario, al que seguirá la estacion mayor, un punto de meditacion, sermón y luego un devoto ejercicio á la Divina Señora, terminando con la letania del SSmo. salmo Credidi y reserva.

Durante el Tríduo, habrá misa cantada con orquesta á las nueve de la mañana en los dos primeros días, y á las diez en el último, en que predicará las glorias de la Divina Señora el Rdo. P. de la compañía de Jesús D. Ignacio de Palau, siendo tambien este Rdo. P. el orador de los tres sermones de la tarde.

En el último día del Tríduo, á las siete y media de la mañana, habrá Comunion general de los asociados del apostolado de la oracion y demás devotos de Nuestra Señora del Sagrado Corazon de Jesús, y á las diez la misa solemne como queda dicho.

Terminarán estos religiosos cul-

tos con la bendicion del Santísimo Sacramento y salve cantada por la orquesta á la Santísima Virgen.

Jueves.—En las Capuchinas á las siete de la mañana, misa de renovacion y bendicion del Santísimo concluida la misa. Por la tarde el Santo Trisagio á las cuatro con manifiesto y reserva.

En las demás iglesias los oficios de costumbre.

En Santa María el día 7 dará principio un solemne y devoto novenario que la piedad de los Excmos. señores marqueses de Benalúa, consagran á la Inmaculada Virgen Maria Nuestra Señora de Lourdes y por la tarde del mismo día, se rezará el Santo Rosario; terminado éste, seguirá el Sermón, y despues el ejercicio de la Novena, la Salve y Gozos cantados con acompañamiento de órgano. El día 8, á las diez de la mañana, se celebrará Misa solemne con el Señor manifiesto, en la que predicará las glorias de nuestra Reina Inmaculada, el Sr. D. Luis Calpena, Catedrático del Seminario de Orihuela.

Los oradores que predicarán en dicho novenario, son los siguientes:

Martes 7.—D. Rafael Amat, presbítero, capellan de la Casa de Beneficencia.

Miércoles 8.—D. José Sanchez Alcaraz, Cura de la Misericordia.

Jueves 9.—D. Enrique Farach,

Teniente Mayor de la Parroquia de San Marcos de Madrid.

Viernes 10.—D. José Guixot, presbitero.

Sábado 11.—D. Juan Segura, Canónigo Magistral de la Colegiata.

Domingo 12.—D. José Juliá, Capellan de las Monjas de la Santísima Sangre.

Lunes 13.—D. Ramon Cantó, Coadjutor de la Parroquia de Santa María.

Martes 14.—D. Francisco Amat, Coadjutor de la expresada Iglesia.

Miércoles 15.—El ya mencionado D. José Juliá.

El día último del Novenario, á las siete y media, habrá Comunion general, y por la tarde se dará la Santa bendicion con Su Divina Majestad, que estará expuesta todas las tardes de la Novena.

CASA-PENSION

DE LA

SAGRADA FAMILIA

Recomendamos eficazmente á los padres que hayan de llevar sus hijos á cursar en la Universidad de Valencia, la *Casa-pension* establecida en dicha ciudad calle del Almirante, n.º 12, bajo la dirección del Pbro. Dr. D. Carlos Ferrís. Este establecimiento es garantía para las familias que deseen evitar á toda

corta la corrupción de sus hijos que salen de su seno para ir á estudiar á la Universidad, expuestos á toda clase de peligros. En ella encontrarán un hospedaje en el que bajo la dirección y vigilancia de Inspectores de estudios, adornados de títulos competentes, podrán seguir los jóvenes sus estudios de Facultad, conservando las buenas costumbres y religiosidad que hayan adquirido en el seno de su familia.

Las personas que deseen más pormenores pueden dirigirse al indicado señor Sacerdote, que les enviará un ejemplar del Reglamento.

LA PASTORAL

DEL

VENERABLE OBISPO DE PLASENCIA

CON UN PRÓLOGO

de D. Juan M. Orti y Lara

EDICION DE LUJO

CON EL RETRATO DE SU ILUSTRÍSIMA.

Precio en venta: una peseta. Para los suscritores á nuestro periódico: cincuenta céntimos.

Se vende en esta administracion.

ALICANTE.—1886.

Imprenta de Antonio Seva